

Hermenéutica e interculturalidad. Alteridad y conflictos

Carlos B. Gutiérrez

Universidad de los Andes

Permítanme remitirme a mi conferencia del lunes en la inauguración de estas jornadas *La hermenéutica en diálogo*, coordinadas por Cecilia, Rosemary y Fidel, a quienes agradezco la invitación a compartir como amigos estos días de trabajo. Gadamer creía que filosofía es algo que de manera eminente se puede hacer entre amigos porque entre ellos no es necesario simular que se sabe lo que no se sabe, lo cual permite entrar al diálogo asumiendo de manera cabal los propios límites y con ello en la mejor disposición a acoger al otro y a lo otro: sólo así se puede dar el portento de la comprensión, el portento de volvernos un poquito más al incorporar algo diferente a nuestro horizonte.

Hablé de la imposibilidad de un saber definitivo en la experiencia humana en la que se impone como liberación la apertura al potencial sorpresivo de nuevas experiencias. Y puesto que el otro y lo otro son el motor de la experiencia hay que dejarlos valer a ellos en su alteridad, es decir, como lo otro de nosotros mismos a fin de hacer cada vez más conciente la participación recíproca en la que encontramos al otro y nos encontramos en él. Dije al final que sobre ese otro que siempre se nos da entre familiaridad y extrañeza jamás llegaremos a saberlo todo. Aún así, y aunque siempre nos sorprenderá de nuevo, mal que bien sabemos de él porque es mucho lo que con él compartimos. Sabiendo de esta dialéctica indisoluble que mantiene en movimiento a la experiencia acojamos a la alteridad como parte esencial de nuestra finitud. Pues si la marginamos de nosotros nos la pasaremos como guardianes de nuestros linderos, desconociendo que el sentido de éstos es justamente la alteridad que los rebasa.

No se puede olvidar, sin embargo, que la alteridad se nutre de diferencias y que las diferencias pueden prohiar conflictos. Acoger al otro sólo puede discurrir en reconocimiento y reconocer es muchísimo más que tolerar. Hay que ir más allá de la mera admisión de la existencia de los otros para reconocer lo que a ellos les hace diferentes. La indiferencia en ignorancia, disfrazada a menudo de relativismo valorativo, es contradictoria como la intolerancia disfrazada que es. Hay no sólo que conocer y comprender las posiciones y argumentos de los otros sino también tener un punto de vista propio para estar en condiciones reales de reconocer en todo su alcance el punto de vista ajeno. Si en aras del entendimiento renunciamos al punto de vista propio no habrá entonces nada que comprender, ni diferencia alguna de qué tratar en el diálogo con los demás; habremos tan sólo capitulado ante la compulsión hacia lo promedio con la que la sociedad actual se enfrenta a los juicios claros y tajantes. Es necesario, por tanto, superar la idea de tolerancia como pasividad para eludir conflictos. No hay que ser indiferentes frente a quienes supuestamente toleramos y mucho menos tenemos que aparentar estar de acuerdo con todo o darle la razón a todos. Justamente porque no podemos vivir sin los otros, ellos no nos pueden ser indiferentes y más que de tolerancia se requiere de respeto y de reconocimiento para el encuentro con ellos, encuentro en el que siempre y a cada paso hay retos, competencia y riesgos.

Respeto y reconocimiento discurren como dialéctica de aceptación y de rechazo. Rechazar y criticar podemos las apreciaciones y preferencias de otros, reconociéndoles a ellos, eso sí, un

estatuto normativo equiparado al nuestro que les garantice a su vez el derecho de tener y promover sus puntos de vista propios. Reconocimiento no es ni confraternidad ni caridad y sí respeto activo y mutuo; necesitamos de él no para eliminar divergencias, controversias y conflictos, sino para encauzarlos y proveer el marco institucional que haga posible su trámite en condiciones democráticas. Semejante reconocimiento sería elemento medular de una *cultura del manejo de conflictos*. Naciones tan ricas en diferencias como Perú y Colombia son naciones ricas en conflictos; aprendamos entonces que los conflictos lejos de ser indeseables perturbaciones ocasionales constituyen parte sustancial de nuestra cotidianidad, y aprendamos a vivir con ellos. Los conflictos son endémicos allí donde modos de vida muchas veces incompatibles compiten unos con otros¹.

Aunque hayamos crecido en el dogmatismo aceptemos que los otros piensan distinto, que el disenso es natural. Hay por ello que emprender la tarea primordial de introducir, estimular e ir normalizando la actividad crítica entre nosotros para que además de mejorar la formación educativa despegue la genuina participación política. A pesar de que muchos captan la importancia de esta tarea no tienen ideas claras de cómo emprenderla siendo como es la actividad crítica algo teórica y prácticamente inexistente no sólo en el medio académico sino en toda nuestra sociedad cuya productividad, tanto en lo simbólico y cultural como en lo material y económico, se resiente de esta carencia. Hasta ahora hemos sustituido la crítica por la adulación complaciente de quienes piensan lo mismo y por el anatema difamatorio de quienes no lo hacen; nos comportamos cual si fuésemos millones de arzobispos solemnes e infalibles. Así una mesa redonda en nuestro medio no pasa de ser la presentación paralela de varios “rollos” monológicos, al final de la cual todos y cada uno de los panelistas, haciendo gala de espíritu blindado, se jactan de haber “jodido” a los demás, descartando desde luego cualquier posibilidad de haber aprendido algo. Se nos olvida que los consensos monolíticos y la paz idílica en la que no pasa absolutamente nada son irreales en un escenario pluricultural y pluritodo como el nuestro. Y que la razón es siempre dialógica.

Violencia y tolerancia tienen en común su oposición al despliegue abierto y público de conflictos ya que ambos desconocen la función productiva de los conflictos. La violencia quiere reprimir o decidir conflictos para implantar el orden o para forzar ventajas en la lucha por el poder. Los que abogan por la tolerancia se inclinan a eludir conflictos ya sea que los ignoren hasta donde es posible o que le imputen cada vez la responsabilidad del caso a otros grupos o actores sociales cuya conducta tachan de intolerante. Tanto la violencia como la tolerancia ideológica, ciega a la realidad, yerran en tanto no acepten la persistencia de los conflictos en una sociedad étnico-culturalmente estratificada, conflictos para cuyo encauzamiento se necesitan nuevas formas de institucionalización que puedan fungir de instancias mediadoras tanto para los individuos como para los grupos. El diferir tolerante así como la universalización ilimitada de la tolerancia son muestra de que se carece de capacidad de manejo de conflictos. La “tolerancia represiva”, presa del miedo, prepara el terreno para que la tolerancia ciega a la realidad se convierta en violencia ciega a la humanidad. La violencia no se impide mediante tolerancia sino mediante un actuar conciente de conflictos; así como sólo en una perspectiva de conflictos resulta imposible reprimir las diferencias así también los potenciales de solidaridad sólo se pueden percibir efectivamente en torno a los conflictos. Frente al creciente número de conflictos étnico-culturales que marcan el momento presente de lo que se trata es de superar tanto la actitud paternalista-armonizante y represiva-ignorante de los problemas que se agudizan, como las actitudes cínicas que desde la posición de espera recomiendan indiferencia y dejan con ello curso libre a los conflictos.

¹ Joseph Raz, op. cit. pp. 179-180

Los conflictos se dan porque entre nosotros hay más diferendos de los que pensamos, porque hay intereses muy diversos en gran parte contradictorios y una profusión de lenguajes para nombrarlos. Si admitimos la naturalidad de los conflictos sabremos que cuando unos se zanja otros surgen, y que ello no es el fin del mundo. Lo importante es acabar con la ingenuidad o la violenta arrogancia de todo o nada, de idilio o guerra. En el momento de disolución por el que atraviesan las estructuras tradicionales de nuestras sociedades en su tránsito a la modernidad más que de nuevos mitos fundacionales lo que necesitamos es un relato nacional que acoja críticamente todos los conflictos y violencias padecidos en una memoria colectiva integradora, capaz de poner en movimiento un imaginario de recreación nacional y un horizonte real de futuro.

Lima, 18 de septiembre de 2008